

ACABABA de dar a los *dvornicks* la orden de velar toda la noche armados hasta los dientes delante de la verja, y de atravesar el solitario jardín. El *schwitzer* extendía en la galería un colchón para Ermolai, y le preguntó si había visto al joven francés. ¿Dónde estaba Rouletabille? El General, a quien ella misma acababa de subir acuestas a su habitación sin ayuda de nadie, absolutamente de nadie, y que sin ayuda de nadie había acostado, también estaba inquieto por aquella desaparición. ¿Sería que ya les habían arrebatado *su* Rouletabille? Todos los amigos se habían retirado; los oficiales ayudantes habían tomado la orden, y no podían dar noticias de dónde estaba el joven periodista.

Pero sería necio inquietarse por la desaparición de un periodista—habían dicho.—Esa gente (los periodistas) va y viene, llega cuando no la esperan, y se alejan de la sociedad, aun la más escogida, sin prevenir a nadie. Es lo que se llama en Francia *despedirse a la inglesa*. A lo que

parece, eso es un exquisito refinamiento. Por último, aquel joven podía estar en el telégrafo. Un periodista debe contar con el telégrafo en todos los instantes de su vida. La pobre Matrena Petrovna paseaba por el jardín desierto con el corazón turbado. Veía en primer término una luz en la ventana del General, otras a ras de tierra que procedían de las cocinas, y una en el piso bajo, cerca del saloncillo, en la ventana de la habitación de Natacha. ¡Qué insoportable es la noche! Nunca la sombra había abrumado tanto el corazón de la valiente Matrena. Al respirar, levantaba todo el peso de la noche. Lo había inspeccionado todo, y estaba bien cerrado. En toda la casa no había más que gente de quien estaba absolutamente segura; *pero ni aun a ellos les permitía pasearse a capricho por sitios donde no tenían nada que hacer*. Cada uno en su puesto: eso era lo mejor. Quería que todos estuvieran en su sitio, como los muñecos de porcelana ocupaban su lugar en el césped. Pero he aquí que a sus pies se agita una figura de porcelana, que se incorpora, se agarra a sus faldas, y le habla con la voz de Rouletabille. ¡Ah! ¿Era Rouletabille en persona?—¡Él mismo, querida señora; él mismo!

—¿Qué hace Ermolai en la galería? Enviadle a la cocina, y que se acueste el *schwitzar*. Bastarán los *dvornicks* para hacer en el exterior una guardia normal. En cuanto a vos, entrad en seguida, cerrad la puerta, y no os preocupéis por mí, querida señora. ¡Buenas noches!

Y Rouletabille recobró en la sombra entre las otras figuras de porcelana su actitud de estatua inanimada.

Matrena Petrovna obedeció: entró en la casa, habló al *schwitzar*, que volvió a la portería con Ermolai, y la dueña de la casa cerró la puerta exterior. Hacía mucho tiempo que estaba condenada la puerta de la escalera de servicio

que permitía a los criados subir al entresuelo de la quinta. Abajo velaban por turno cada noche la abnegada aya y el fiel Ermolai.

En el piso bajo de la quinta, bien cerrada, no quedaba nadie más que ella, Matrena, y su hijastra Natacha, que ocupaba el cuarto inmediato al saloncillo, y arriba, en el primer piso, el General, que dormía..., o debía de dormir, si había tomado su poción. Matrena quedó envuelta en la oscuridad del salón grande, con su pequeña linterna sorda en la mano. ¡Ah! ¡Cuántas noches había pasado así, deslizándose de puerta en puerta, de habitación en habitación, vigilando la velada de los agentes de policía, sin atreverse a interrumpir su silencioso paseo para echarse en el colchón que había tendido a través de la puerta de la habitación de su esposo! Pero ¿es que dormía alguna vez? ¿Es que ella misma podía decirlo? ¿Quién podría decirlo? Descabezaba el sueño en una silla aquí o allá, o de pie junto a una pared, en que se apoyaba para observar algo que nadie sabía lo que era, que tal vez lo sabía ella sola. Aquella noche, que sentía a Rouletabille en torno suyo, verdaderamente estaba menos inquieta, a pesar de que los policías no estaban allí. ¿Tendría razón aquel joven? Es cierto (no podía negarlo) que se sentía mucho más tranquila entonces, que los policías se habían marchado, que no tenía que pasar el tiempo buscando sus sombras en la sombra, tocando los sillones, los canapés, sacudiendo su modorra, llamándolos quedo por su nombre y por el de su padre, prometiéndoles una buena propina si vigilaban bien, contándolos para saber si estaban todos, y lanzándoles de pronto en plena cara el chorro luminoso de su linterna sorda, para cerciorarse bien de que estaba frente a ella uno de la policía, y no otro..., otro con una bomba infernal debajo del brazo. Sí; indudablemente, su tarea era mucho

más sencilla no teniendo que *vigilar a la policía*. Y no sentía tanto miedo.

¡Cuánto era su reconocimiento al joven repórter! ¿Dónde estaba? ¿Seguiría representando una figura de porcelana en el césped del jardín? Se acercó a un balcón de la galería, y miró curiosamente al sombrío jardín. ¿Dónde estaba? ¿Sería aquella masa negra acurrucada, y que tenía en la boca una pipa que humeaba? ¡No, no! Aquél—le conocía muy bien—era el enano tan de su gusto, el pequeño *domovoi-doukh*, el espíritu familiar de la casa, el que velaba con ella por la vida del General, y gracias al cual todavía no le había ocurrido un gran infortunio a Feodoro Feodorovitch, no tenía la pierna en “mermelada”. En su país (era de la provincia de Orel) ordinariamente nadie desea ver aparecer al *domovoi-doukh* en carne y hueso, porque siempre desagrada ver así a un diablo. Siendo pequeña, siempre tenía miedo de encontrarlo a la vuelta de un paseo en el jardín de su padre. Siempre se le había representado no tan alto como aquél, sentado sobre las botas y fumando una pipa. Ya casada, le vió de pronto en la esquina de una callejuela del Gostini-Dvor, en el bazar de Moscovia. Era tal como se lo había imaginado. Lo compró, y lo instaló por sí misma con infinitas precauciones, porque era de frágil porcelana, en el vestíbulo del palacio. Al salir de Moscovia, no quiso dejarle allí; ella misma lo había llevado en una caja, y por su propia mano lo instaló en el césped de las Islas, para que siguiera velando por su felicidad y por la vida de su Feodoro; y a fin de que no se aburriera de estar solo y fumando eternamente su pipa, le rodeó de toda una corte de pequeños genios de porcelana, a la moda de los jardines de las Islas. ¡Señor! ¡Qué miedo le había causado el joven francés levantándose de pronto del césped sin prevenirla! Un instante creyó que era el

propio *domovoi-doukh*, que se levantaba para desentumescerse las piernas. Por fortuna, habló en seguida, y le reconoció en la voz. Además, su *domovoi* seguramente no hablaba en francés. ¡Ah! Matrena Petrovna respiraba libremente. Le parecía que a aquella hora dos genios familiares velaban por su casa, y eso valía más que todos los policías del mundo. ¿No es verdad? ¡Qué hábil había sido aquel joven alejando a aquella gente! *Ya que es preciso averiguar*—había dicho,—es indispensable *que nadie nos estorbe*. A la sazón el misterio podía mostrarse sin temor de ser turbado. No había más sino que le vigilaban sin aparentarlo. ¿Es que hacía un momento tenía Rouletabille aspecto de vigilar alguna cosa? No, ciertamente. En medio de la noche, parecía un muñeco de porcelana; ni más ni menos. Y, sin embargo, lo veía todo, si es que había alguna cosa que ver, y lo oía todo, si es que había algo que oír. Se podía pasar a su lado sin desconfiar; conversar la gente, sin sospechar que la oían; y hasta hablar uno consigo mismo, permitirse los gestos y los ademanes que se hacen algunas veces cuando uno cree que no le observan. Todos los invitados habían partido así, pasando a su lado, rozándole.

¡Oh querido *domovoi*, que había logrado arrancar lágrimas a los ojos de Matrena Petrovna! La sentimental y heroica dama hubiera querido oír, como hacía un momento, su voz tranquilizadora.

—¡Yo soy! ¡Heme aquí!—dijo la voz del genio familiar vivo; y Matrena Petrovna volvió a sentirse cogida por la falda.

¡Ah! ¡Le esperaba! Esta vez no tuvo miedo. Y, sin embargo, le creía fuera; pero, después de todo, no la asombró mucho que estuviera en la casa. ¡Era tan ingenioso! Habría subido detrás de ella, oculto por la sombra de

sus vestidos, a cuatro patas, y sin ser notado por nadie, se habría deslizado en el interior mientras ella hablaba a su enorme y majestuoso *schwitsar*.

—¿Estáis aquí?—dijo, cogiéndole una mano, que estrechó nerviosamente entre las suyas.

—Sí. Os he visto cerrar todo. La tarea ha quedado bien hecha; no habéis olvidado nada.

—Pero ¿dónde estabais, diablillo? He recorrido todos los rincones, y mis manos no os han tropezado.

—Estaba bajo la mesa de los *hors-d'œuvres*, en el saloncillo.

—¡Ah! ¡Bajo la mesa de los *zakouskis*! Sin embargo, había prohibido que pusieran en ella ese largo mantel colgante, que me obliga a dar por debajo puntapiés disimuladamente para estar segura de que detrás no hay nadie. ¡Es imprudente, muy imprudente, usar tales manteles! Y debajo de la mesa de los *zakouskis* ¿habéis visto u oído algo?

—Señora, ¿es que creéis que se puede ver u oír cosa alguna en la quinta cuando no hay ella más que vos, que veláis, el General, que duerme, y vuestra hijastra, que se prepara a descansar?

—¡No, no; no lo creo! ¡Por Cristo, que no lo creo!

Hablaban por lo bajo en la oscuridad, sentados ambos en un extremo del canapé, y estrechando Matrena Petrovna entre las suyas ardientes una mano de Rouletabille.

—¿Y en el jardín—añadió la Generala dando un suspiro,—habéis visto u oído algo?

—He oído al oficial Boris, que decía en francés al oficial Miguel: “¿Volvemos directamente a la quinta?” El otro respondió negativamente en ruso. Han tenido en ruso una discusión que, naturalmente, no he comprendido; pero, por

las palabras cambiadas, me ha parecido observar que no estaban de acuerdo ni se quieren mucho.

—No, no se quieren: los dos aman a Natacha.

—Y ella ¿a quién ama? Necesito que me lo digáis.

—Ella dice que quiere a Boris, y lo creo: sin embargo, tiene con Miguel amistosas deferencias, y a menudo es ella quien le persigue para entablar en los rincones pláticas que tienen a Boris malo de celos. Ha prohibido a Boris que la pida en matrimonio, so pretexto de que no quiere separarse de su padre en una época en que cada día y a cada minuto se halla en peligro la vida del General.

—¿Y vos, señora, amáis a vuestra hijastra?—preguntó brutalmente el repórter.

—Sinceramente, sí—respondió Matrena Petrovna, apartando las manos de la de Rouletabille.

—¿Y ella os quiere a vos?

—Así lo creo. Sinceramente, sí; me quiere, y no tiene ninguna razón para no quererme. Creo—entendedlo bien, porque os hablo con el corazón—que todos nos amamos en la casa. Nuestros amigos son antiguos y bien probados. Boris es oficial ayudante de mi marido desde hace mucho tiempo. No compartimos sus ideas, que son muy avanzadas, y hemos sostenido mil discusiones sobre los deberes del soldado en los momentos de matanza. Yo le he acusado de mostrarse tan femenino como nosotras echándose a los pies del General detrás de mí y de Natacha cuando fué preciso sacrificar a todos esos pobres *mujiks* de Presnia. No era ése su papel. Un soldado es un soldado. Mi marido le levantó rudamente, y le ordenó en castigo marchar a la cabeza de las tropas. ¡Hizo muy bien! ¿En qué se entrometía? ¡Harto tenía que luchar el General con toda la revolución, con su conciencia, con la piedad natural en el corazón de un valiente, y con el llanto y los ge-

midos, insoportables en tal momento, de su hija y de su mujer! Boris lo comprendió, y obedeció sin replicar; pero después de la muerte de los pobres estudiantes volvió a portarse como una mujer, escribiendo versos a los héroes de las barricadas. ¿Lo creeréis? Versos que Natacha y él recitaban de memoria y llorando, cuando el General los sorprendió. Hubo una escena terrible. Eso fué antes del penúltimo atentado. Mi marido disponía entonces de ambas piernas, y tanto pateó, que hizo temblar toda la casa.

—Señora, a propósito de atentados, deseo que me refiráis el tercero.

Cuando decía esto aproximándose a ella, Matrena Petrovna dijo de pronto y con tal viveza: “¡Escuchad!”, que se irguió en la noche aguzando el oído. ¿Qué había percibido la dama? Él no oyó nada.

—¿No oís—susurró la Generala haciendo un esfuerzo—un tic tac?

—No oigo nada.

—Un tic tac como de reloj. ¡Escuchad!

—¿Cómo podéis oír ese tic tac? He notado que aquí no anda ningún reloj.

—¿Sabéis por qué? Porque así podemos oír mejor el tic tac.

—¡Sí, sí; ya comprendo! Pero no oigo nada.

—Yo creo oír a cada instante ese tic tac después del último atentado. Resuena sin cesar en mis oídos. ¡Es horrible pensar que en alguna parte hay un aparato de relojería que va a producir la muerte! ¡Y no saber dónde! Me alegro mucho de que estéis aquí para decirme que no hay tic tac. Cuando estaban los policías, los hacía escuchar a todos, y no me tranquilizaba hasta oírles afirmar que no oían ningún tic tac. ¡Es terrible oír de repente, y cuando menos se espera, tic tac, tic tac! ¡Es la sangre que me late

en los oídos por momentos, cada vez más fuerte, como si golpeará en un timbre! ¡Escuchad!...

—¡Oh! ¡Ahora hablan, lloran!—dijo el joven.

—¡Chist!...

Y Rouletabille sintió en un brazo la mano crispada de Matrena Petrovna.

—¡Es el General...; *el General, que sueña!*

Le llevó al comedor, en uno de cuyos ángulos se percibían más claramente los gemidos. Pero todas las puertas que comunicaban con el comedor, el salón grande y el saloncillo quedaban abiertas detrás de ellos, por los misteriosos cuidados de Rouletabille.

El joven esperaba que Matrena, cuya anhelante respiración percibía, se hubiera repuesto un poco. Al cabo de un instante, como si quisiera distraer la atención del periodista apartándole de los ruidos y suspiros que provenían de arriba, añadió con volubilidad.

—¡Bah! ¿Habláis de relojes? Mi marido tiene uno que suena mucho, y yo lo he parado, porque más de una vez me he asustado oyendo el tic tac en el bolsillo de su chaleco. Un día que estaba aquí, y que aguzó el oído percibiendo el balanceo de un péndulo, Kupriane me aconsejó parar todos los relojes, para no engañarse sobre la naturaleza del tic tac que pudiera producir una máquina infernal colocada en un rincón. Hablaba por experiencia, mi querido amigo. Por su orden, detuvieron todos los relojes del Ministerio. “Los nihilistas—me decía—suelen servirse de mecanismos de relojería, para que sus máquinas estallen en el momento que juzgan oportuno. No es posible imaginar todas las invenciones de que se valen los bandidos.” También fué Kupriane quien me aconsejó levantar todos los cierres de las chimeneas. Gracias a esta precaución, pudo evitarse un terrible accidente en el Ministerio que hay cerca

del Puente de los Chantres. Así se sorprendió una bomba que bajaba por la chimenea del gabinete del ministro (1). Los nihilistas la habían atado a una cuerda, y subieron al tejado para hacerle tomar aquel camino. Uno de ellos fué detenido, enviado a Schlus-Selbourg, y ahorcado. Aquí habéis podido ver que todos los cierres de las chimeneas están levantados.

—Señora—interrumpió Rouletabille (Matrena Petrovna no sabía que nunca podía distraerse la atención del periodista),—allá arriba siguen los gemidos.

—¡Eso no es nada, amigo mío! Es el General, que pasa las noches muy fatigoso. No puede dormir sin narcótico, y el narcótico le produce fiebre. Voy, pues, a deciros cómo ocurrió el tercer atentado, y, ¡por la Virgen María!, comprenderéis cómo tengo a veces todavía en los oídos ese espantoso tic tac.

“Una noche que el General empezaba a descansar, y que yo estaba en su habitación, oí claramente el tic tac de un mecanismo de relojería. Todos los relojes estaban parados, como me lo había recomendado Kuprian, y el de bolsillo de Feodoro lo había enviado al relojero con un pretexto cualquiera. Ya comprenderéis el efecto que me produciría el tic tac. Enloquecida, volví los ojos a todos lados, y me di cuenta de que el ruido partía del cuarto de mi marido. Corrí allá. Él dormía. El tic tac sonaba allí; pero ¿dónde? Daba vueltas como una loca. La habitación estaba medio a oscuras, y me era absolutamente imposible encender una lámpara, porque me parecía que había de faltarme el tiempo necesario, y que la máquina infernal iba a estallar en un segundo. Me eché a tierra, y apliqué el oído bajo el lecho. El ruido venía de más arriba.

(1) Histórico atentado contra Witte.

Pero ¿de dónde? Salté a la chimenea, creyendo que, a pesar de mis órdenes, habrían subido el reloj. ¡No estaba allí! Por último me pareció que el tic tac sonaba en el mismo lecho, que la máquina estaba en él. El General despertó entonces, y me dijo: “¿Qué pasa, Matrena? ¿Qué tienes?” Y se incorporó, a la vez que yo gritaba: “¡Escucha! ¡Escucha el tic-tac! ¿No le oyes?” Me precipité sobre él, y le estreché entre mis brazos para llevármelo; pero estaba muy temblorosa, debilitada por el miedo, y caí sobre él en la cama, aullando como demente: “¡Socorro, socorro!” Él me rechazó, y me dijo rudamente: “¡Escucha, escucha!” El espantoso tic tac se oía entonces detrás de nosotros, en la mesa. Pero en la mesa sólo había la lamparilla, la copa que contenía la poción, y un vaso de plata donde por la mañana yo misma había puesto un manojito de hierbas y de flores silvestres que trajo Ermolai a su vuelta de Orel; flores de mi país. En el acto corrí a la mesa; toqué las flores, las hierbas, y noté una resistencia. ¡El tic-tac sonaba en el ramillete! Lo cogí con ambas manos, abrí la ventana, y lo arrojé con furor en el jardín. En aquel mismo momento estalló la bomba con espantoso ruido, causándome en la mano una grave herida. Verdaderamente, mi querido *domovoi*, aquel día estuvimos muy cerca de la muerte; pero Dios y el Padrecito velaban por nosotros.

Y Matrena Petrovna hizo la señal de la Cruz.

—Todos los cristales de la casa quedaron hechos añicos—prosiguió.—En suma, la cosa no pasó del terror que padecimos, y de tener que llamar al vidriero; pero bien creí, amigo mío, que todo había acabado ya.

—¿Y Mlle. Natacha?—preguntó Rouletabille.—También ella debió de tener miedo, porque, al fin, toda la casa podía volar.

—Sin duda alguna; pero Natacha no estaba allí aquella noche. Era sábado. Había sido invitada a un sarao por los parientes de Boris Nikolavitch, y se había quedado en su casa después de cenar en el *Oso*, como se había convenido. Cuando al día siguiente supo el peligro que había corrido el General, se echó a temblar como una azogada. Se arrojó llorando a los brazos de su padre, lo que era bien comprensible, y declaró que no volvería a ausentarse. El General le refirió lo que yo había hecho, y entonces me estrechó contra su corazón, diciéndome “que nunca olvidaría tal acción, y que me amaba todavía más que si fuera verdaderamente su madre”. Fué en vano que los días siguientes tratásemos de comprender cómo habían puesto la caja infernal en el ramillete de flores silvestres. En el trascurso del día y durante la noche, sólo los amigos del General a quienes habéis visto aquí, Natacha y yo entramos en el cuarto del General. Ningún criado, ninguna doncella suben al primer piso. Día y noche está cerrado, y yo tenía las llaves. La puerta de la escalera de servicio que da a él, directamente a la habitación del General, siempre está cerrada con llave, y con cerrojo interiormente. Sólo Natacha y yo arreglábamos la estancia. No pueden extremarse más las precauciones. Tres agentes de policía velaban de continuo por nosotros. La noche del ramillete, dos habían pasado su hora de guardia alrededor de la casa, y el tercero, echado en el canapé de la galería. Por último, vimos que todas las puertas y ventanas de la quinta estaban herméticamente cerradas. En tales condiciones, juzgad si mi angustia tomaría proporciones antes desconocidas. Porque ¿de quién fiarse en adelante? ¿Y sobre qué y a quién vigilar? Desde aquel día nadie más que Natacha y yo tiene derecho a subir al primer piso. El cuarto del General se cerró para sus amigos; pero bien pronto

fué mejorando, y tuvo el gusto de recibirlos personalmente a la mesa. Yo subo y bajo al General *en brazos*. No quiero la ayuda de nadie: soy bastante fuerte para eso. ¡Creo que no me faltarían alientos para llevarle al fin del mundo, si lo exigiera su salvación! En lugar de tres agentes, tuvimos diez: cinco dentro, y cinco fuera. Durante el día todo iba bien; pero las noches eran espantosas, porque las sombras de los policías que encontraba me causaban tanto miedo como si me hallara en presencia de los nihilistas. Una noche ya iba a estrangular a uno de ellos con mis propias manos. A consecuencia de aquel incidente, convine con Kuprian en que los agentes que velaban por la noche en el interior quedaran relegados a la galería, después de haberlo examinado todo minuciosamente la vispera por la tarde. Sólo debían salir de la galería en el caso de que oyeran algún ruido sospechoso, o si yo los llamaba en mi ayuda. Así estábamos cuando ocurrió el suceso del entarimado, que tanto nos ha llamado la atención a Kuprian y a mí.

—Perdón, señora — interrumpió Rouletabille. — Durante la requisita que hacía usted, ¿no subían los agentes al piso primero?

—No, hijo mío. Repito que desde lo del ramillete, sólo Natacha y yo subíamos.

—Pues bien, señora; lléveme allá inmediatamente.

—¿Inmediatamente?

—Sí; al cuarto del General.

—¡Pero si está durmiendo, hijo mío! Dejadme decir cómo ocurrió exactamente el asunto del entarimado, y así estaréis tan informado de todo como Kuprian y yo.

—¡Al cuarto del General en seguida!

Matrena le cogió ambas manos, y se las oprimió nerviosamente.

G A S T O N L E R O U X

—¡ Amigo mío, amigo mío!—le dijo—¡ Allí se oyen a veces cosas que son el secreto de la noche! ¿ Me comprendéis?—Al cuarto del General ahora mismo! Bruscamente Matrena se decidió, y lo condujo allá, agitada, aturdida por ideas y sentimientos que sin cesar la balanceaban entre la más loca inquietud y la más imprudente audacia.

IV. — ¡ HA MUERTO LA JUVENTUD DE MOSCOVIA!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ROULETABILLE se dejaba guiar por la Generala en medio de la noche; pero sus pies y sus manos, en apariencia inhábiles, tanteaban todas las cosas. Subieron al primer piso en el más profundo silencio. No se oía más que aquella especie de lúgubre gemido que tanto había impresionado al joven hacia un momento.

Percibió el ambiente tibio y perfumado de un cuarto de mujer, y a lo lejos, más allá de las dos puertas abiertas que daban al tocador y comunicaban la habitación de la Generala con la de Feodoro, la luz de una lamparilla iluminando el lecho donde descansaba el tirano de Moscovia. ¡ Ah! ¡ Estaba espantoso aquella noche, entre aquel contraste de claridades amarillentas y sombras difusas! ¡ Aquellas órbitas profundas, aquel aspecto de dolor y de amenaza, aquella mandíbula de salvaje llegado del fondo de la Tartaria para ser el azote de Dios, y aquel espeso mostacho, duro y flotante como las crines de un caballo!... ¡ Ah! ¡ Era una figura que no desentonaba en la galería de los boyardos de Kazan! Rouletabille nunca se había imaginado de otro modo al mismo Iván *el Terrible*. ¡ Así aparecía dormido aquel excelente Feodoro Feodorovitch, el

buen padre mimado en el seno de la familia, el amigo del abogado célebre por su formidable tenedor, y del festivo comerciante en maderas, amable cazador de osos, y los alegres Tadeo y Atanasio! ¡Feodoro, el fiel esposo de Matrena Petrovna y padre adorado de Natacha; un hombre valiente, que tenía la desgracia de padecer crueles insomnios y terribles pesadillas!

En aquel momento un ronco silbido agitaba con ritmo desigual su robusto pecho, y Rouletabille, inclinado a la entrada del tocador, miraba. Pero no sólo miraba al General, sino alguna cosa allá abajo, al lado del muro, junto a la puerta. Avanzó tan suavemente sobre la punta de los pies, que el entarimado no protestó con un quejido. No se oía en el cuarto más quejido que el ronco silbido que estremecía el pecho del General. Detrás de Rouletabille, Matrena extendía los brazos como si quisiera retenerle, porque en verdad no sabía adónde iba. ¿Qué hacía? ¿Por qué se inclinaba a lo largo de la puerta, y *por qué aplicaba el pulgar en el entarimado, al lado de la puerta?* El joven se levantó, y volvió al lado de la dama; pasó otra vez delante del lecho, donde a la sazón resonaba como un fuelle de forja la respiración del durmiente. Matrena cogió otra vez a Rouletabille por la mano, y ya le arrastraba vivamente al gabinete tocador, cuando un gemido los detuvo.

—¡Ha muerto la juventud de Moscovia!

Quien hablaba, era el durmiente. Aquella boca que dió órdenes tan terribles, gemía; y aun su misma lamentación era una amenaza. En el sueño de alucinado que había infundido a aquel hombre el impotente narcótico, las palabras que pronunciaba Feodoro Feodorovitch, por sí mismas, con toda evidencia, eran palabras de duelo y de piedad. Pues bien; aquel diablo de soldado, a quien ni balas

ni bombas conmovían, tenía un modo de decir las cosas que las trasformaba completamente en su terrible boca. Diríase que estaban henchidas del acento brutal de la victoria.

Matrena Petrovna y Rouletabille se inclinaron como dos sombras enlazadas en la puerta abierta a la amarillenta claridad de la lamparilla, y oyeron con espanto: “¡Ha muerto la juventud de Moscovia!” ¡Han barrido sus cadáveres! ¡Ya no hay más que ruinas, y el mismo Kremlin ha cerrado sus puertas para no ver tanto horror! ¡Ha muerto la juventud de Moscovia!”

El puño de Feodoro Feodorovitch se levantó sobre el lecho: diríase que iba a herir, que iba a continuar matando. Rouletabille se aproximó más a Matrena, que temblaba, y también temblaba él ante aquella visión formidable del verdugo de la semana roja.

El pecho de Feodoro lanzó un tremebundo suspiro, y volvió a deprimirse bajo las ropas; cayó el puño amenazador, y la cabeza descansó sobre la almohada. ¡Silencio! ¿Reposa al fin? ¡No, no! De nuevo suspira; otra vez vuelven los estertores; se revuelve en el lecho como un precito en el Infierno, y las palabras escritas por su hija—¡por su hija!—le quemán los ojos, ahora muy abiertos; las palabras escritas en el muro, que lee en el muro, estas palabras de color de sangre:

“¡Ha muerto la juventud de Moscovia! ¡Habían ido tan niños a los campos y a las minas!

”No habían hallado en la tierra rusa un solo rincón donde no oyesen lamentos.

”Ahora ha muerto la juventud de Moscovia, y ya no se oyen gemidos, porque no osan ni aun gemir aquellos por quien ella se ha inmolado.”

Pero ¿qué? La voz de Feodoro ya no amenazaba. Su

pecho jadeaba como el de un niño que llora. Entre sollozos que le sofocaban la garganta, pronunció la última estrofa, la estrofa traducida por su hija en el álbum con letras rojas:

"En la última barricada se irguió la Virgen de diez y ocho primaveras, la Virgen de Moscovia, flor de las nieves...

"Que dió a besar sus labios a los obreros heridos por las balas de los soldados del Czar.

"Causaba admiración a los soldados mismos, que la mataron llorando.

"¡Qué horrible carnicería! ¡Para no verla, todas las casas han cerrado las ventanas con sus pesados párpados de madera!

"¡El mismo Kremlin ha cerrado sus puertas para no ver!

"¡La juventud de Moscovia ha muerto!"

—¡Feodoro! ¡Feodoro!

Le había cogido entre sus brazos, le estrechaba amorosamente, le consolaba, mientras él seguía repitiendo con voz entrecortada: "¡La juventud de Moscovia ha muerto!", y parecía rechazar con gestos insensatos todo un mundo de fantasmas. La pobre mujer le oprimía contra su pecho, le ponía las manos en la boca para hacerle callar; pero él decía: "¿Los oyes? ¿Qué hablan? ¡Ya no dicen nada! ¡Qué montones de cadáveres bajo las ruedas de los trineos, Matrena! ¡Mira las piernas heladas de los pobres muchachos, que sobresalen rígidas como troncos yertos de las faldas de algodón, Matrena! ¡Mira las faldas de algodón rígidas como campanas! ¡Las pobres faldas de algodón!" Luego siguió un delirio modulado en ruso, que a Rouletabille le pareció todavía más horrible, porque no le comprendía.

Al fin, de repente calló Feodoro, y rechazó duramente a Matrena Petrovna.

—¡Es ese abominable narcótico!—dijo lanzando un suspiro desgarrador.—¡No volveré a tomarlo! ¡No quiero beberlo más!

Y con una mano extendida mostraba sobre la mesa, detrás de él, un vaso grande, todavía medio lleno de la mezcla soporífera con que se humedecía los labios cada vez que despertaba; y con la otra se enjugaba la frente, bañada en sudor. Matrena Petrovna se sostenía temblorosa a su lado, repentinamente asustada por la idea de que tal vez iba a descubrir que allí, detrás de la puerta, alguien había visto y oído el *sueño del general Trebassof*. ¡Ah! Si llegaba a adivinarlo, ¿qué sería de ella? ¡Ya podía encomendarse a Dios, porque sin duda la mataría!

Pero Rouletabille no parecía dispuesto a dar señales de vida. Apenas respiraba. ¡Qué visión acababa de contemplar! Ya comprendía la emoción de los amigos del General cuando Natacha había cantado con su dulce voz: "¡Buenas noches! ¡Que tus ojos cesen de tanto llorar, y que entre la calma en tu corazón oprimido!" Ciertamente, la charlatana Matrena había puesto a los amigos al corriente de los insomnios del General, que no podían menos de conmoverse oyendo el poético anhelo de la encantadora Natacha. "De todos modos—pensaba Rouletabille,—nadie puede imaginar lo que acabo de ver. No ha muerto para todo el mundo la juventud de Moscovia, y ya sé que hay una cámara donde, a la amarillenta luz de una lamparilla, resucita todas las noches." Y, francamente, ingenuamente, el joven periodista deploraba haber entrado en tal negocio, haber penetrado inconsideradamente en una historia que, al fin y a la postre, sólo interesaba al vivo y a los muertos. ¿Por qué había ido a colocarse entre los

mueertos y el vivo? Oía decir: "El vivo ha cumplido heroicamente su deber." Pero ¿qué habían hecho los muertos?

¡Ah! Rouletabille maldecía su curiosidad, porque a la sazón ya confesaba que el deseo de conocer a fondo el misterio revelado por Kuprian y de desentrañar una vez más, a pesar de todos los peligros, un interesante enigma, tal vez un enigma monstruoso, era lo que le había empujado hasta el umbral de la quinta de las Islas, lo que le había arrojado sobre las manos trémulas de Matrena Petrovna prometiéndole su ayuda. Cierito que había tenido piedad de la delirante agonía de aquella buena y heroica dama; pero sentía mucha más curiosidad que compasión. Y ya era preciso pagar su deuda, porque era demasiado tarde para retroceder, para decir cobardemente: ¡Me lavo las manos! Había despedido a la policía, y estaba solo entre el General y *la venganza de los muertos*. ¿Desertaría? Esta sola idea le vigorizó de repente, devolviéndole toda su presencia de ánimo. Las circunstancias le habían llevado a un campo que debía defender a toda costa, a no ser que tuviese miedo.

El General descansaba ya, o, por lo menos, con los párpados cerrados, aparentaba dormir, sin duda para tranquilizar a la buena Matrena, que, de rodillas a la cabecera del lecho, conservaba entre las suyas la mano del terrible esposo. Bien pronto se levantó, fué a reunirse con Rouletabille en su cuarto, y le condujo a otro, donde le rogó que descansara. El joven replicó que era ella la que debía intentar dormir un poco; pero, aún emocionada por lo que acababa de pasar, la pobre mujer balbuceaba:

—¡No, no! ¡Después de semejante escena, yo también tendría trágicas pesadillas! ¡Ah; es horrible! ¡Sobre todo, amigo mío, es el secreto de la noche! El infeliz no puede

apartar de su pensamiento esas visiones. ¡Su peor y más inmerecido castigo es la traducción que ha hecho Natacha de esos versos abominables de Boris! Los sabe de memoria; están grabados en su cerebro, y a pesar de todos los narcóticos, su lengua repite sin cesar toda la noche: "¡Es mi hija quien ha escrito eso! ¡Mi hija, mi hija!" Eso agrava su congoja. ¿Es que el ayudante de campo de un general, que también ha matado a toda la juventud de Moscovia, tiene el derecho de escribir versos tales? ¿Y acaso la misión de Natacha es traducirlos en buena poesía francesa en su álbum de doncella? Al presente, nadie sabe lo que hace. ¡Qué miseria!

Calló, porque oyeron distintamente que abajo, en el piso inferior, *el entarimado crujió*. Rouletabille contuvo a Matrena, y sacó su revólver. Hubiera querido continuar solo el peligroso camino; pero no tuvo tiempo. Como el entarimado crujió otra vez, la voz angustiada de Matrena preguntó en ruso desde lo alto de la escalera: "¿Quién está ahí?" En seguida la tranquila voz de Natacha respondió en la misma lengua. Entonces Matrena, cada vez más temblorosa y agitada, sin moverse de su sitio, como si la hubiesen clavado en el descansillo de la escalera, dijo en francés: "Sí; todo va bien. Tu padre duerme. ¡Buenas noches, Natacha!" Se oyeron los pasos de la joven, que atravesaba el salón grande y el saloncillo, y por último cerró la puerta de su cuarto. Matrena y Rouletabille bajaron conteniendo el aliento. Llegaron al comedor, e inmediatamente abrió Matrena la linterna sorda, cuyo haz luminoso dirigió al sillón donde el General se sentaba siempre. El sillón ocupaba su sitio habitual. Le empujó, y levantó la alfombra, dejando el entarimado al descubierto. Arrodióse, y examinó minuciosamente el pavimento; luego se levantó, enjugándose la sudorosa frente; colocó

otra vez la alfombra, empujó el sillón, y se dejó caer en él, lanzando un fuerte suspiro.

—¿Y bien?...—preguntó Rouletabille.

—¡Nada nuevo!—respondió.

—¿Por qué habéis hablado hace un momento?

—Porque no tenía ninguna duda de que a estas horas sólo mi hijastra podía estar aquí.

—¿Y por qué ese apresuramiento en *mirar el entarimado*?

—Os ruego, hijo mío, que no veáis en mis actos cosas que no puede ni debe haber en ellos. Ese apresuramiento de que habláis lo tengo siempre. Siempre que puedo, *miro el entarimado*.

—Señora—volvió a preguntar el joven,—¿qué hacía aquí vuestra hijastra?

—Había venido a buscar un agua mineral: la botella está todavía en la mesa.

—Señora, es indispensable que preciséis lo que Kuprian sólo ha podido indicarme. Si no me engaño, la primera vez que mirasteis el entarimado, habíais oído ruido en el piso bajo, como acaba de suceder ahora mismo.

—Sí; os lo diré todo, porque es preciso. Era *la noche siguiente al encuentro del ramillete*, mi querido amigo, mi querido *domovoi*. Me pareció oír ruido en el piso bajo; descendí inmediatamente, y al pronto no vi nada sospechoso: todo estaba bien cerrado. Abrí muy suavemente la puerta de la habitación de Natacha: quería preguntarle si había oído algo; pero dormía tan profundamente, que no tuve valor para despertarla. Empujé la puerta de la galería: todos los policías—todos, fijaos bien—dormían como lirones. Entonces di una vuelta por toda la casa, y con la linterna en la mano iba a salir del comedor, cuando noté que en uno de los rincones la alfombra estaba mal extendi-

da sobre el entarimado. Me incliné, y vi que formaba un grueso pliegue cerca del sillón del General: hubiérase dicho que habían arrastrado torpemente el sillón, para volver a colocarlo en el sitio que habitualmente ocupaba. Inducida por un siniestro presentimiento, empujé el sillón, y levanté la alfombra. A primera vista no noté nada; pero examinando las cosas más de cerca, observé que un listón del entarimado no estaba tan bien encajado como los otros. Pude levantarlo fácilmente con un cuchillo, y reconocí que estaban recién arrancados dos clavos que lo aseguraban sobre la viga subyacente. Apenas si pude levantar ligeramente aquel listón, y no conseguí deslizar la mano por debajo de él; para levantarle más, hubiera necesitado quitar todavía media docena de clavos. ¿Qué quería decir aquello? ¿Estaba en camino de descubrir alguna nueva, terrible y misteriosa maquinación? Dejé que el listón recobrara por sí mismo su lugar, le cubrí cuidadosamente con la alfombra, coloqué de nuevo en su sitio el sillón, y una vez que fué de día, mandé llamar a Kuprian.

Rouletabille interrumpió:

—¿No habíais hablado a nadie de ese descubrimiento, señora?

—A nadie.

—¿Ni aun a vuestra hijastra?

—No—respondió Matrena con voz velada;—ni aun a ella.

—¿Por qué?—preguntó Rouletabille.

—Porque—respondió Matrena después de un momento de vacilación—ya había en casa bastantes motivos de sobresalto. No quise, pues, decir una palabra a mi hija, ni tampoco he dicho nada de eso al General. ¿Para qué aumentar la inquietud que tanto nos atormenta, aunque nada la deje traslucir?

—¿Y qué os dijo Kuprian?

—Examinamos el entarimado con gran misterio. Kuprian deslizó la mano más hábilmente que lo había hecho yo, y comprobó que debajo del listón, es decir, entre el piso del comedor y el techo de las cocinas, había una excavación que permitía ocultar muchas cosas. Por el momento el listón estaba harto poco levantado para que la maniobra fuera posible. Kuprian se levantó y me dijo: "Señora, sin duda habéis interrumpido al *culpable* en su operación; pero ahora somos los más fuertes, porque sabemos lo que hace, y él ignora que lo sabemos. Aparentad que nada habéis visto, no habléis a nadie del caso, y vigilad sin tregua. Que el General continúe sentándose en su sitio acostumbrado, y que en nada pueda sospecharse que está descubierto el principio del trabajo: es el único medio de que disponemos para tener probabilidades de que prosiga." De todos modos—añadió,—haré que mis agentes circulen de nuevo durante la noche por el piso bajo. Sería correr un riesgo excesivo permitir que *quien sea* prosiga de noche su trabajo. Lo continuará, si puede terminarlo. ¿Me habéis comprendido? Pero durante el día os arregláis de modo que todas las piezas inferiores queden libres de tiempo en tiempo; no mucho, pero de vez en cuando. ¿Me habéis comprendido? No sé por qué; pero lo que me decía y el modo de decírmelo me asustaba más que todo. Sin embargo, seguí su programa. Tres días después, a eso de las ocho, cuando el servicio nocturno todavía no estaba organizado, es decir, en el momento en que los policías aún se hallaban de servicio en el jardín y alrededor de la quinta, y mientras yo acostaba al General, y, por lo tanto, había dejado libre el piso bajo, como a pesar mío me hallé de pronto en el comedor; levanté la alfombra, y miré el entarimado. *Habían arrancado otros*

tres clavos del listón, que ya se levantaba con más facilidad, y debajo de él se percibía la cavidad consiguiente, *aún vacía*.

Al llegar a este punto de su relato Matrena se detuvo, como si, sofocada, no pudiera decir más.

—¿Y bien?...—preguntó Rouletabille.

—Pues bien; volví a poner las cosas como estaban, e hice una rápida investigación entre los guardias y su jefe. Nadie había entrado—entendédlo bien,—nadie había entrado en el piso bajo. *Tampoco había salido nadie*.

—¿Cómo queríais que hubiera salido alguien, si nadie había?

—Quiero decir—añadió la dama dando un suspiro—que durante ese tiempo Natacha había permanecido en su cuarto...; en su cuarto, que está en el piso bajo.

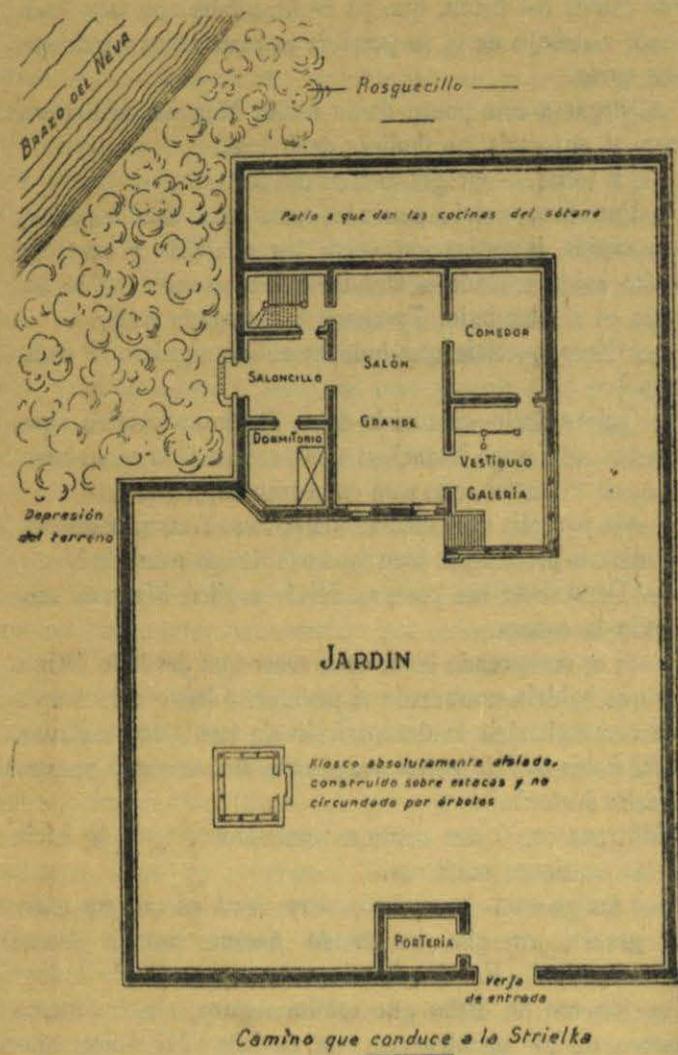
—Me parecéis muy conmovida por ese recuerdo, señora ¿Podierais precisarme bien la causa de esa emoción?

—¡Demasiado me comprendéis!—replicó Matrena moviendo la cabeza.

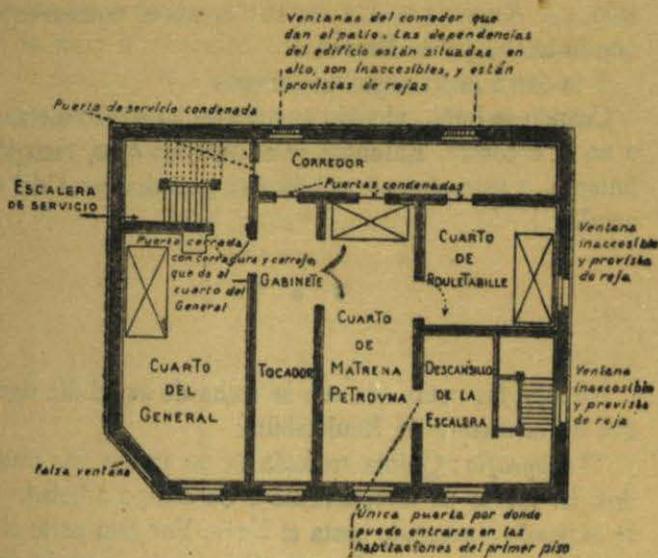
—Si os comprendo bien, debo creer que desde la última vez que habíais examinado el pavimento hasta esa otra en que comprobasteis la desaparición de tres nuevos clavos, *nadie había podido entrar en el comedor más que vuestra hijastra Natacha...*

Matrena cogió una mano a Rouletabille, como lo hacía en las ocasiones solemnes.

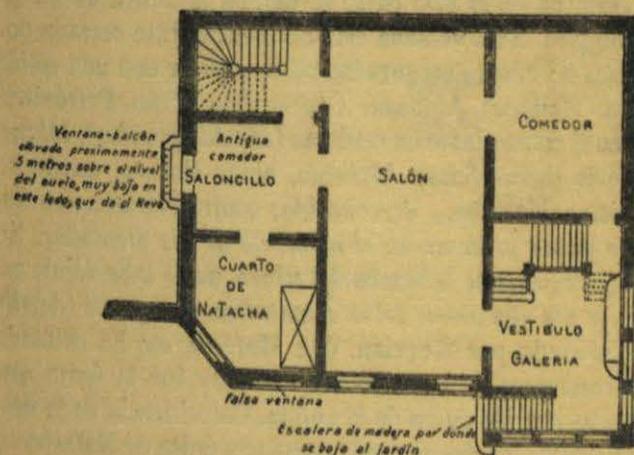
—¡Amigo mío—murmuró,—hay cosas *en que no quiero pensar, en que no puedo pensar cuando Natacha me besa!* ¡Es el misterio más espantoso de todos! Kuprian me ha dicho que estaba seguro, absolutamente seguro de los agentes que me enviaba. Mi único consuelo, amigo mío—lo comprendo ahora que habéis despedido a esos hombres,—mi único consuelo *desde aquel día* ha



LA QUINTA Y EL JARDÍN DEL GENERAL TRBASSOFF



PLANO DEL PRIMER PISO



PLANO DEL PISO BAJO

sido que Kuprian estaba de sus hombres menos seguro que lo estaba yo de Natacha.

Y la dama prorrumpió en sollozos.

Cuando se hubo calmado buscó a su lado a Rouletabille, y no le encontró. Entonces se enjugó los ojos, recogió la linterna, y furtivamente volvió a su guardia cerca del General.



He aquí las notas que con la fecha de aquel día figuraban en la cartera de Rouletabille:

Topografía: Quinta rodeada de un jardín por tres lados. El cuarto da directamente a un campo arbolado que se extiende libremente hasta el Neva. Por esta parte el nivel del terreno es mucho más bajo; tanto, que la única ventana abierta en el muro (correspondiente al saloncillo de Natacha *en el piso bajo*) se halla a la altura de un segundo piso. Esta ventana está herméticamente cerrada por puertas de hierro, aseguradas en el interior con una sólida barra. *Amigos:* Atanasio Georgevitch, Iván Petrovitch, Tadeo el comerciante en maderas (zapatos grandes), Miguel y Boris (botas finas). Matrena, amor sincero, aparatoso heroísmo. Natacha... *desconocida*; contra Natacha: *no hallarse nunca presente en el momento de los atentados*. En Moscovia, cuando la bomba del trineo, no se sabe dónde estaba, y *era ella quien debía acompañar al General* (detalle suministrado por Kuprian, que Matrena me ha ocultado generosamente). La *noche del ramillete* fué la única que Natacha durmió fuera de la quinta. Coincidencia de la desaparición de los clavos con la presencia única de Natacha en el piso bajo; *bien entendido, en el caso de que Matrena no los*

quitase por sí misma. En favor de Natacha: sus ojos cuando mira a su padre." Había además esta extraña

frase: "No nos embrollemos. Esta noche todavía no he hablado a Matrena

Petrovna del taladro del alfi-

ler. *Este taladro ha sido*

el mayor consuelo

de mi vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO